

DOMINGO DE RAMOS

Comenzamos la semana santa recordando, en primer lugar, la profética entrada de Jesús en Jerusalén (como rey humilde, pacífico...) Su humildad contrasta con todo triunfalismo y afán de poder y, no digamos, con la crueldad y sinrazón de la violencia.

Y comenzamos esta semana contemplando ya ese misterio de su pasión, en que nos introducen las lecturas. Jesús es el Siervo de Dios del que nos habla el profeta Isaías, capaz de cargar con todo nuestro dolor sobre sus hombros. Es aquel, nos dirá san Pablo, recogiendo ese sentido canto de los primeros cristianos, que no se aferró a su condición divina, sino que, por amor, *se despojó* de su rango y tomó la condición de esclavo, hasta la muerte y muerte en cruz. Se despojó... He ahí el camino del cristiano y de la Iglesia: “Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Flp 2,5ss).

Por último, hemos escuchado el relato de la pasión. Hay un dato en la versión de Mateo que se ha proclamado hoy que llama la atención: el contraste entre los escribas, sacerdotes... que tientan a Jesús: “Si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo, baja de la cruz...” y la actitud final del centurión: Realmente este hombre era el Hijo de Dios. Cree en Jesús, precisamente, porque no baja..., porque no hay amor más grande que dar la vida...

“¡Cuántas veces [nos recordó el papa Benedicto al inicio de su pontificado] quisiéramos que Dios se mostrara más fuerte!, que actuara duramente, derrotara el mal y creara un mundo mejor. Todas las ideologías funcionan desde aquí, desde el poder”; pero no es el poder lo que redime, sino el amor; no es el amor al poder lo que salva, sino el poder del amor capaz de dar la vida.

“El mundo [decía], se salva por el Crucificado, no por los crucificadores”, aunque se las den de Mesías; “es redimido por la paciencia de Dios, y, casi siempre, destruido por nuestra impaciencia”.

A menudo nos critican a los cristianos de haber plagado el mundo de crucifijos, de haber consagrado el dolor y el sufrimiento; pero el misterio de la pasión nos habla ante todo de amor. El amor provoca que el otro sea tan importante para mí, como para que yo sea capaz de dejarme afectar por su dolor, cargar con él y sufrir con él y por él. Así somos de valiosos para Dios.

El relato de Mateo que hemos escuchado recoge también el desgarrador grito de Jesús en la cruz... “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (*Mt 27,46*).

Ante la experiencia del dolor y del sufrimiento, Jesús pregunta, pregunta a Dios, se dirige a Él directamente, como un Tú realmente presente. Es bueno dirigirnos a Dios en el dolor... con toda la conmoción del corazón, empleando a fondo toda la esperanza de la que somos capaces (Bernanos). Así lo hace una y otra vez la Escritura: “¿Hasta cuándo, Señor? (*Sal 13,1s; 80,5; 89,47; 94,3*); ¿por qué ocultas tu rostro [...] olvidas nuestra opresión, nuestra miseria?” (*Sal 44,24s*), “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

¡En la oscuridad del «abandono de Dios», Jesús se dirige en oración a Dios! Su grito es, ciertamente, desgarrador y duro. Sufre el silencio de Dios, precisamente cuando más lo necesita; pero también es grito de súplica y confianza. No en vano, el salmo 22, con el que Jesús ora y que describe perfectamente la pasión del Señor, continúa así: «ven a mi lado, porque nadie me socorre; no estés lejos cuando en la angustia estoy... fuerza mía, date prisa en socorrerme... te alabaré porque no has ocultado tu rostro... y vivirá mi alma para él, le servirá mi raza...”.

En consecuencia, no es tanto un grito de desesperación, como de abandono obediente y confiado en las manos del Padre. Recordemos las palabras finales de la pasión en Lucas: “Padre en tus manos encomiendo mi espíritu” (*Lc 23,46*). En nuestros momentos difíciles, hagamos lo mismo; preguntemos, sí, pero, sobre todo, abandonémonos en las manos buenas de Dios.

A nosotros, hoy, ante la entrega de Jesús, solo nos resta balbucear un profundo y sentido «gracias, Señor», por amarnos así,

sin medida, sin reservas ni condiciones; gracias, Señor, por tu entrega hasta el final, por cargar sobre tus hombros con nuestro sufrimiento y dolor, con nuestra debilidad y pecado, y hacerte hoy nuestro Cireneo.

Nos toca agradecer y nos toca abrazarnos a su leño. No escapar de la cruz es no escapar de la entrega, del servicio, del don de nuestro tiempo y de nuestra persona... confiarnos a Él en medio del sufrimiento, abandonarnos confiadamente como Él en manos del Padre, y darnos... hasta poder decir un día como Pablo: No soy yo, es Cristo que vive en mí. Vivo de la fe en Cristo, el Hijo de Dios, que “me amó y se entregó por mí” (Gál 2,20-21).

¡Feliz y santa semana!

+ Ernesto
obispo de Tlaxcala